

ORACION CIVICA  
QUE EL CIUDADANO  
**MANUEL OROZCO Y BERRA,**  
INDIVIDUO DE LA SOCIEDAD LITERARIA  
DE PUEBLA,  
PRONUNCIO EN ESTA CIUDAD  
EL 16 DE SEPTIEMBRE  
DE  
1846

COLECCION DE DISCURSOS PATRIOTICOS  
JORGE DENEGRÉ VAUGHT PEÑA

**ORACION CÍVICA**

QUE EL CIUDADANO

**MANUEL OROZCO Y BERRA,**

INDIVIDUO DE LA SOCIEDAD LITERARIA

**DE PUEBLA,**

**PROMUOCIÓ EN ESTA CIUDAD**

**EL 16 DE SEPTIEMBRE**

DE

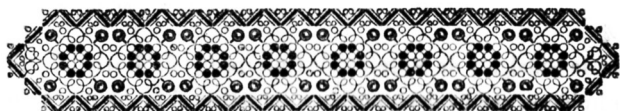
**1846.**



»-O-O-«

*Imprenta Antigua en el portal de flores.*





## Ciudadanos.

**E**N la constante sucesion de los tiempos celebramos hoy el Aniversario del 16 de Septiembre de 1840. En dias mas afortunados, quien se encargaba de hablaros desde esta tribuna, era un delegado del pueblo que elevaba la voz para decir bien de nuestros héroes, recordando sus hazañas y enumerando una por una sus virtudes; pero han llegado los dias de prueba y de tribulacion: sufre la patria enfermedad de muerte que puede borrarla del libro de las naciones, y muy diferente debe ser ahora la mision del orador. Fuera de propósito, ridículo en verdad seria, que cuando el enemigo exterior invade nuestro territorio é inmola por centenares á nuestros hermanos, recordásemos antiguas glorias empañadas con recientes ultrages, en vez de disponer el corazon á tomar venganza del agravio que nos irrita. ¿De qué os serviría, pues, oír de mi boca la gloriosa historia de los once años? ¿Hay acaso entre vosotros quien ignore, que desde la toma de Guanajuato hasta la de México se prodigaron á porfia el valor y el patriotismo, la sangre y las lágrimas? ¿Hay alguno, tan olvidadizo como ingrato, que no tenga gravados en su pecho los nombres veneran-

## 4

dos de Hidalgo y de Morelos, de Guerrero y de Iturbide? Si tal hubiere, ese ha desconocido á su patria si no ha renegado de ella, y de nada serviría que me oyera relatar heroicas acciones, porque no podría comprenderme; no tendria corazon de mexicano. Perdonadme si os parezco orgulloso; no vengo á hablaros de los libertadores del pais; vengo en su nombre á preguaturos, ¿cuál provecho sacasteis de sus santas lecciones? ¿qué habeis hecho del legado que os hicieron á precio de su sangre? Vengo á tomaros cuenta del terreno que os conquistaron, de la libertad que os consiguieron.

Acaso os habeis sonreido con desden, al ver que unidas en mí la ignorancia y la inexperiencia, todavía pretendo de propia autoridad subirme á la altura de juez, y tomaros residencia de lo que por ventura no ha estado en vuestra mano evitar; pero atendid á que la verdad no pierde su carácter por salir de la boca del mas pequeño ò del mas grande; que los hechos consumados son del dominio de todos, no pudiendo caber en ellos mudanza sino cuando mas esplicacion; que el hombre en fin, á quien se encarga que os hable en una fiesta nacional, se hace superior á sus conciudadanos miéntras le dura el uso de la palabra, y obligacion tiene de deciros libre y francamente su sentir, apoyado en las costosas lecciones del tiempo que pasó.

La consecuencia del descubrimiento de América no fué solo un hallazgo que hizo el viejo mundo de otro nuevo, pues que caminando una mitad del género humano en la carrera de la civilizacion por diferente rumbo que la otra, quiso la Providencia que la humanidad entera marchara junta á cumplir sus destinos. Algunas naciones de la Europa fueron escogidas para cumplir esta mision; y sus colonos y sus soldados debieron vencer, porque entónces de su lado estaban la verdad y los nuevos principios; y aunque los conquistadores predicaron mal las santas doctrinas; aunque se hicieron instrumentos de sangre, que la Providencia rompió, dejaron con

todo en miserables poblaciones, el gérmen de los pueblos que hoy se parten el continente.

Separadas por muchas leguas las colonias de España y la de Inglaterra, comenzaron unas y otra á crecer y á estenderse rápidamente, aunque con distintos elementos. En las primeras, los conquistadores redujeron á esclavitud á los indígenas, sin formar jamás con ellos un cuerpo homogéneo; y no obstante ser verdad que los monarcas españoles dieron un código especial para proteger á los vencidos, como su observancia estaba encargada á los vencedores, se convirtió en la prueba inequívoca de la separacion y del alejamiento de las razas. También es cierto que los invadidos y los invasores habitaron bajo un mismo techo; mas fué solo para dar vida á un nuevo linage, que con el triunfo vino por derecho á enseñorearse del país, sin que por eso llegaran á desaparecer las diferencias. Crecia la poblacion, los presidios militares señalaban la frontera, mas allá de la cual vagueaban las hordas de los bárbaros, y cuando era necesario pasar de allí, los religiosos de cualquier órden, escoltados por un pequeño destacamento, plantaban á inmensas distancias una cruz, á cuyo pie venian á deponer su ferocidad los guerreros de las tribus: muchas veces aquellos amigos generosos del salvaje perdieron la vida en tan peligrosa empresa; porque el instinto de la independencia ponía de nuevo las armas en las manos de los neófitos, y despues de algunas horas, la mision no era mas que un monton de cadáveres y de escombros.

Así se fué avanzando en los desiertos fecundados con la sangre de los mártires de la religion y del progreso; y creció, y creció la colonia hasta ser bastante fuerte para sacudir el yugo extraño y regirse por sí misma; no concediéndonos el cielo la libertad, hasta despues de haber prodigado sacrificios sin cuento de lo mejor y mas florido de una generacion. En esta guerra se desarroyó en nuestra sociedad un elemento que con el tiempo llegará á preponderar; el pueblo, el pueblo que

## 6

por tres siglos no tuvo poder alguno, influyendo solo por el temor que producía. Criado bajo un régimen absoluto que lo condenaba á obedecer sin réplica; extraño, según convenía á las miras de la metrópoli, al movimiento intelectual que tanto prodigio hacía al otro lado de los mares, el cultivo de su espíritu no fué el suficiente para comenzar su carrera dando señales de sabiduría y de templanza. No se diga por esto que á la colonia faltaba del todo el conocimiento de sus derechos, ni tampoco se crea que estaba hundida en completa ignorancia, pues la justicia exige confesar, que la España se mostró solícita y cuidadosa de nuestro bien y utilidad en todo lo que no se oponía á los fueros de su dominación. Ni podía ser de otra manera; porque como dice un escritor: «No creamos que la servidumbre sea completa donde se encuentran las formas y aun los principios de la tiranía: la Providencia no permite que el mal se desarrolle en todo el rigor de sus consecuencias, y la naturaleza humana de comun tan débil, tan fácilmente vencida por quien la quiere oprimir, tiene no obstante habilidad suma y prodigiosa fuerza para sacudir el yugo que parecía llevar de buena gana.»

Después de haberme oído enumerar los principales elementos que han formado nuestra sociedad, habreis conocido de luego á luego la necesidad de nuestro estado presente: una raza envilecida y de diversos usos y costumbres, que no han podido sacar de su ignorancia ni el tiempo ni la libertad, y que sirve de rémora para el adelanto común; una población agrupada en el centro y diseminada é indefensa en las fronteras; la lucha necesaria, indispensable, providencial entre los antiguos y los nuevos elementos sociales, y que no terminará hasta que la muerte haya destruido dos generaciones; revueltas sin término, división, desaliento para la guerra, que no seamos en fin uno de los pueblos que caminan al frente de la civilización. Hablemos ahora de la colonia inglesa.

En esta, los colonos no se mezclaron con los indígenas.

Para ocupar el territorio, hacian un tratado con las tribus dueños de cierta estension de terreno, y mediante un precio convenido, los salvages se retiraban al interior llevando consigo sus dioses y sus cabañas; ó bien una partida de plantadores perseguia como á fieras en los bosques á los habitantes, les hacia una guerra sin tregua, hasta conseguir esterminarlos, y levantaban sus villorios sobre una tierra que no les pertenecia sino por haber obrado sin piedad.

En cuanto á la organizacion política, los establecimientos ingleses gozaron de amplia libertad desde el principio; regidos por leyes que llamaban á los habitantes á tomar una parte activa en los negocios públicos, se acostumbraron desde muy temprano à meditar con madurez en lo que mejor les convenia, entendiendo los complicados resortes de la máquina social, y aprendiendo con tino á aplicar los remedios necesarios á los males que pudieran aquejarles: y como la benéfica revolucion de Inglaterra de 1688 añadió mucho á la suma de bienes que ya disfrutaba la colonia; y como las luces se habian allí difundido con mas velocidad y estension, no era estraño que al emanciparse se constituyeran con arreglo á los principios de antemano desenvueltos, y que sus primeros pasos en la vida de la independendencia, fueran firmes y siempre adelantando. Su poblacion debia tambien crecer con mayor rapidez, porque á ello ayudaba la emigracion; y esto que pudiera parecer causa de debilidad en aquel pueblo, por recibir hombres estraños que le quitaran su homogeneidad, le hacia por el contrario mas vigoroso; porque los emigrados huyendo de la justicia, del encono político, ó de la miseria, se hallaban bien en un pais que proveia á sus necesidades, y amaban el suelo en donde tenian pan y proteccion. De aquí la mayor fuerza de los Estados-Unidos, de aquí sus mayores adelantos, su paz, su civilizacion; y como consecuencia indispensable, su desprecio orgulloso por nosotros, la mala fé del fuerte contra el que reputa débil, y la usurpacion de nuestro territorio. Mas no



## 8

es todo bueno el conjunto de los elementos que forman la nacion enemiga; ha olvidado que sin justicia no hay nunca progreso ni bienestar; olvida el lugar y el papel que le tiene señalado la Providencia, y lleva en su seno el gérmen de muchos males futuros: la esclavonia de los negros y la diferencia oprobiosa de las castas.

He querido señalaros, aunque de paso, el estado presente de las dos repúblicas, y la manera con que se han acrecentado, porque ya habreis comprendido que, aunque situadas á una distancia inmensa, las colonias española é inglesa cuando llegaran á ser naciones debian encontrarse en algun punto segura, indispensablemente; debian ponerse en presencia una de otra y medir sus fuerzas, comenzando la agresion por la mas fuerte y numerosa, por la situada al Norte. Y esto no estaba en manos del hombre el evitarlo; con inauditos esfuerzos no hubiera podido conseguirlo; una causa poderosa lo habria retardado por mas ó ménos tiempo; pero pasado el plazo último, se encontrarían sin remedio ambas naciones. Y nosotros debiamos ser los invadidos. La república anglo-americana por su situacion geográfica está limitada al Norte por la colonia de una nacion fuerte, y por un terreno ingrato, que á duras penas recompensa al labrador de sus fatigas con mezquino pan; el terreno se estrecha hácia el Sur, en donde se descubren los fecundos y risueños valles de nuestros estados, y cuando la poblacion llenase aquel espacio, debia desbordarse por precision, siendo hácia nosotros su movimiento, que solo podrá contenerse con la fuerza: esto tiene mucha semejanza con las antiguas irrupciones de los bárbaros en los países del medio-día de la Europa.

Ya lo veis, la guerra es inevitable como decreto de la misma Divinidad, no está en nuestro poder que no se verifique, y los medios que pongamos podrán detenerla por un instante, pero no suspenderla para siempre: hoy un tratado vergonzoso, una tregua mañana, despues una victoria, nos traerán

un reposo momentáneo; mas siempre que subsistan las causas enumeradas, siempre que divertidos nosotros con cosas de ménos valer apartemos los ojos de nuestros verdaderos intereses, y no pongamos el remedio eficaz para salir con el triunfo, la lucha comenzará de nuevo con encarnizamiento, y México y los Estados-Unidos se encontrarán de continuo sobre el campo de batalla.

La invasion, por fortuna, no ha de ser violenta é inesperada; ha pasado el tiempo en que los pueblos se arrojaban uno contra otro, y despues de un combate á todo trance, el vencido quedaba esclavo en el suelo mismo que le pertenecia y que pasaba á ser del vencedor; ya no consienten ni el siglo ni los adelantos que la fuerza brutal sea el único, el mas poderoso de los medios para hacer una conquista; mas no por eso dejarán de verificarse lenta, progresivamente. Un pretexto especioso de cualquiera clase dará motivo al Norte para apoderarse de cierto espacio de nuestro territorio, formará allí establecimientos, convidando á cuanto aventurero quiera arriesgar la vida á trueque de fortuna, y cuando esté seguro en su posesion y tenga la fuerza necesaria, dará otro paso, y avanzará, y avanzará, miéntras nosotros le dejemos. Es verdad que para obrar de este modo se requieren muchos años; mas no por eso es ménos cierto que en esa sucesion de tiempo se desmembrará el territorio sin esperanza de recobrarle, y que algun dia la república entera no será mas que una fraccion de nuestra enemiga, que nos habrá devorado: el espíritu de cálculo mercantil que ahora tienen las naciones, se refleja en su manera de hacer las conquistas.

No hay remedio pues, ó hacer la guerra, ó pasar á la condicion de esclavos; que á tanto equivaldria formar parte de los Estados-Unidos. Nos separan de ellos las creencias, las costumbres, las leyes, el lengnaje; en los convenios entre el grande y el pequeño no es este jamas el que impone condiciones,

y al perder México su nacionalidad y su nombre habria dejado de existir como señora. Envalde se ha dicho por unos cuantos, por los corazones cosmopolitas, que bajo aquel yugo encontrariamos el remedio á nuestros males: ¡egoistas! miden por su bien presente é individual el adelanto comun; ponen en olvido el grandioso porvenir de nuestra patria, y no se acuerdan de que en semejantes circunstancias era imposible encontrar felicidad. Yo bien sé que la Providencia para sus designios prodiga la sangre y los sufrimientos de los pueblos; sé que nosotros nada somos cuando se trata de la humanidad entera, y que nada pesa nuestra suerte en sus destinos; pero sé tambien que Dios nunca se propone la tiranía ni la esclavitud; sé que mayores ventajas saca de la libertad de las naciones que de su servidumbre: él ha puesto en todos los hombres un instinto que nos liga al suelo en que nacimos, que nos hace enfermar en tierra estraña, el amor de la patria; y este sentimiento no ha de ser inútil, porque el Hacedor Supremo no hace nada sin peso y medida: este amor es la fuente de las grandes acciones y de las virtudes heroicas, y es el mismo que nos aconseja que reconozcamos iguales, pero no señores: no entra nuestra esclavitud en los designios del cielo.

Como último recurso inevitable, nos queda hacer la guerra; pero una guerra pronta y eficaz que termine de un solo golpe; guerra que no admite ni tregua ni transacciones, y que debe comenzar por la reconquista de Tèjas, por mas que á muchos les parezca inútil é imposible. No se trata ya únicamente de recuperar un terreno que no podemos poblar de luego á luego, sino de impedir que los Estados-Unidos den el primer paso contra nosotros; se trata de no conceder tácitamente á aquella república todos los departamentos que están en las mismas circunstancias de Tèjas; se trata de vengar un insulto que quema la sangre en las venas de los buenos mexicanos.

Sí, es el último recurso, es inevitable la guerra; y lo conoce nuestra enemiga, que apresta para ella su poder y

sus fuerzas. Y nosotros en tanto dormimos el sueño de la apatía y de la indiferencia; aguardamos que vengan á tocar á la puerta de nuestra habitacion, para hacer una resistencia estéril y tardía; sufrimos con vergonzosa resignacion que el mundo nos señale como á la raza dejenerada de los héroes, Once años pelearon nuestros padres para darnos patria; sabiendo que iban á morir, porque su vida era el rescate del pueblo, combatieron como buenos, y al subir al cadalzo sonrieron pensando en la futura felicidad de sus hijos. Mal hemos correspondido á tan costosos sacrificios. Del inmenso terreno que nos conquistaron, Californias, Téjas y Nuevo-México se segregan para sufrir el dominio extranjero; la libertad que nos consiguieron está á punto de perderse, si continuamos andando el mismo camino; las santas lecciones de los héroes, puestas en olvido, no sirven sino para hacer resaltar el escándalo de nuestra conducta: hemos dilapidado la herencia recibida de nuestros padres.

Duras os parecerán mis palabras, ciudadanos; pensareis que ni nuestros propios enemigos pudieran deciros lo que yo; pero creedme, no os desprecio: amo con ardiente amor las glorias de mi patria, deseo verla grande y respetada de los pueblos, y cuando vuelvo la cara y veo sin labar nuestras afrontas, siento agriarse el corazon; yo quisiera que mis voces nos sacaran del estado en que nos encontramos. Y podemos salir de él con solo que queramos. La voluntad de una nacion libre es irresistible, omnipotente. Cuando la república entera se alze como un solo hombre, y rostro á rostro encuentre á su enemiga, no será la que tiemble: jamás la victoria quedó por los mas numerosos, sino por los que defendian la justa causa. La nuestra es santa, ciudadanos, tarde ò temprano la Providencia coronará nuestros esfuerzos: las naciones que fian mucho en sí mismas, embriagadas por su orgullo, caen siempre á los golpes del enemigo á quien desprecian: yo os prometo la victoria con solo que querais combatir.

¡PUEBLO DE SOLDADOS! un puñado de nuestros hermanos, mas merecedor y mas grande despues de la derrota, espera nuestro auxilio en la frontera: ¡á las armas! marchemos á escarmentar al enemigo, y á recobrar cuanto nos ha robado la fortuna: si cumplimos, nos esperan las bendiciones y el amor de la posteridad; si nó, . . . las maldiciones de nuestros hijos vendrán á conmover nuestros huesos en el fondo de la tumba.—DICE.

